

tonces el desengaño mas cruel se ha apoderado hasta de los mas necios; desde entonces han vuelto á renacer mas vivos, mas fuertes los sentimientos que en su pecho ocultaba la nacion; desde entonces no ha podido contener la indignacion que ahogaba á duras penas, y recordando con mas cariño la augusta religion objeto de tan sacrilegas profanaciones, ha vertido lágrimas de dolor sobre instituciones augustas que derribara una mano impía.

Estos desengaños no serán estériles; estos escarmientos producirán sus resultados. Sucesos hemos visto de inmensa trascendencia, que por cierto la revolucion no los preveía; pues bien, otros vendrán con el tiempo que consumarán la obra de salvar á este gran pueblo, que despues de diez años de sufrimiento tiene ciertamente indisputable derecho á decir: *basta*.

No nos hacemos ilusiones con exageradas esperanzas, no desconocemos del todo la situacion de las cosas, no se nos ocultan los obstáculos que ha de encontrar el bien y los poderosos auxiliares con que cuenta el mal; sabemos que una revolucion que ha campeado tan largos años en un país, deja huellas profundas y daños irreparables; pero todavía no hemos podido abandonar la esperanza de que llegará por fin un día de justicia, de que la obra de iniquidad encontrará adversarios que le hagan frente con dignidad, con recta intencion, con firmeza, con intrepidez, cual cumple á verdaderos españoles; y cuando esto suceda, triunfará la causa de la razon y de la religion, porque hallará universal y decidido apoyo en la inmensa mayoría de los españoles, fatigados de asistir á tan lamentables escenas de escándalo y mentira.

Cuando la religion quede, no diremos triunfante, pero al menos libre de las cadenas que en diferentes sentidos la estrechan y oprimen, cuando estén restablecidas las relaciones con el Padre comun de los fieles, cuando las iglesias no hayan de llorar la ausencia de sus pastores, cuando se permita á la fe y á la caridad hacer las obras que les inspire el cielo, entonces renacerán de una ú otra ma-

nera las comunidades religiosas; entonces, ó en las ciudades ó en los desiertos se establecerán reuniones de hombres, que practiquen con vida austera y santa los consejos del Evangelio, y levanten al Señor un corazon ardiente y puro, rogando por la conversion de aquellos que con mas furor los persiguieron. — *J. B.*

POLÉMICA RELIGIOSA.

CARTA OCTAVA Á UN ESCÉPTICO EN MATERIAS DE RELIGION.

Mucho me alegro, mi estimado amigo, de que nada tengan que ver con V. los argumentos que aducir suelen los apologistas de la Religion contra los defensores del materialismo y de la ciega casualidad, y no puedo menos de felicitarle por «hallarse ya, como me dice en su apreciada, radicalmente curado de su aficion á los libros donde se enseñan las doctrinas de Volney y de La Mettrie.» A decir verdad, no esperaba menos del claro talento y noble corazon de V.; pues no concibo como en poseyendo semejantes cualidades sea posible leer por entero obras de esta clase. Yo de mí sabré decirle, que las encuentro tan faltas de solidez como abundantes de mala fe; y que léjos de apartarme de la Religion me afirman mas y mas en ella; los convulsivos esfuerzos del error impotente, dan una idea mas grande de la verdad. Sin embargo, me permitirá V. que le advierta del error en que incurre, cuando dispensa tan pomposos elogios á los nuevos espiritualistas alemanes y franceses; pues nada menos les atribuye que el ser los restauradores de las buenas doctrinas devolviendo á la humanidad los títulos de que la despojara la filosofia volteriana. Cada época tiene sus opiniones y expresiones de buen tono: ahora no podria uno pertenecer á la escuela del

siglo XVIII, aun cuando lo quisiese: es preciso hablar del espiritualismo de Kant, Fichte, Schelling, Hegel, Cousin; y desechar el sensualismo de Destutt-Tracy, Cabanis, Condillac, y Locke, si no se quiere pasar plaza de rezagado en materia de conocimientos filosóficos. Enhorabuena que no se profese ninguna religion, pero es indispensable tener siempre en boca el *sentimiento religioso, los destinos de la humanidad*, y hasta no escrupulizar de vez en cuando en pronunciar las palabras, Dios y Providencia. Hablando ingenuamente, cuando he leído en su apreciada de V. los nombres que acabo de recordar, no he podido convencerme de que V. se hubiese devanado mucho los sesos en el estudio de altas y abstrusas cuestiones metafísicas; mas bien me inclinaria á creer que sus ideas sobre el particular habrán sido cogidas al vuelo en los periódicos, sin haberse tomado mucha pena en aclararlas y analizarlas. No le culpo á V. por esto, pues al fin sus opiniones como de un simple particular, no ejercerán influencia sobre el público; que si se tratase de un escritor que debe siempre saber lo que recomienda ó censura, entonces me tomaria la libertad de amonestarle que anduviese mas recatado en sus deseos de introducirnos innovaciones que podrán sernos muy dañosas.

¿Sabe V. lo que es la filosofía alemana? ¿Tiene V. noticia de sus tendencias, y hasta de sus expresas doctrinas sobre Dios y el hombre? ¿Cree V. que el abismo á donde conduce es mucho menos profundo que el de la escuela de Voltaire? ¿Piensa V. por ventura que Schelling y Hegel son legítimos sucesores de su compatriota Leibnitz, de ese grande hombre, que segun la expresion de Fontenelle conducia de frente todas las ciencias, y que á pesar de lo que puede objetarse contra algunos de sus sistemas, abrigaba no obstante tan altas ideas sobre la religion, y tantas simpatías por la católica?

La filosofía de Leibnitz ha ejercido mucha influencia en Alemania, y á él se debe en parte, que no se introdujeran allí los sistemas materialistas de la escuela francesa del

siglo pasado. Sea cual fuere el concepto que se forme de sus sistemas, no puede negarse que al paso que revelaban un genio eminente, contribuian á elevar el espíritu, á darle una viva conciencia de su grandor, y de que no podia de ningun modo confundirse con la materia. Que si se le echa en cara su extremado idealismo, responderemos que este ha sido el achaque de los mas altos pensadores, desde Platon hasta Bonald.

Para Leibnitz no era Dios el alma de la naturaleza, ó la naturaleza misma, como sustentan algunos filósofos modernos; sino un ser infinitamente sabio, poderoso, perfecto en todos sentidos; el panteísmo que tan lastimosamente ha extraviado en los últimos tiempos á ciertos pensadores alemanes, era en concepto de Leibnitz un sistema absurdo. El alma humana, tampoco la consideraba el ilustre filósofo como una especie de modificacion del gran ser que todo lo absorbe y con todo se identifica, como opinan los panteístas; sino una sustancia espiritual, esencialmente distinta de la materia, así como infinitamente distante del Criador que le ha dado la existencia.

Sabido es que impugnó victoriosamente el sistema de Spinoza, y que en tratándose de Dios y de la inmortalidad del alma, los principios de la moral, y los premios y castigos de la otra vida, no podia sufrir que el espíritu del error esparciese sus tinieblas sobre tan sagrados objetos. «No puede dudarse, escribia á Molano, que el sapientísimo y poderosísimo gobernador del universo tiene destinados premios para los buenos y castigos para los malos, y que esto lo ejecuta en la vida futura, ya que en la presente quedan impunes muchas acciones malas, y muchas buenas sin recompensa.» Este lenguaje no es por cierto el de los modernos panteístas, y por él se echa de ver que los filósofos alemanes al resucitar el sistema de Spinoza, se han desviado de las huellas de su ilustre antecesor. No ignoro que los escritores alemanes á quienes aludo, conservan todavia la abstraccion y el sentimentalismo propios de su nacion, y que no participan de la ligereza y trivialidad que

ha caracterizado á los incrédulos de la escuela francesa; pero es preciso no olvidar que el sentimiento no basta cuando no está enlazado con la convicción, y que el corazón ejerce muy mal sus funciones, cuando estas son contrarias al impulso de la cabeza.

Además, que si la Alemania continua en sus ideas impías, al fin se resentirá de ellas el carácter; y el sentimiento religioso ya muy debilitado por el protestantismo, vendrá á extinguirse en manos de la impiedad. Disfrácese como se quiera la doctrina del panteísmo, entraña la negación de Dios; es el ateísmo puro, solo que toma otro nombre. Si todo es Dios, y Dios es todo, Dios será nada; lo único que existirá será la naturaleza con su materia, y sus leyes, y sus agentes de diversos órdenes; todo lo cual lo admiten muy bien los ateos sin que por esto entiendan que han abjurado su sistema. Si la criatura piensa que es una parte del mismo Dios, ó Dios mismo, por el mismo hecho niega la existencia de un Dios que le sea superior y pueda pedirle cuenta de sus obras; la divinidad será para él un nombre vano, y podrá adherirse al dicho del alemán que al levantarse de un banquete exclamaba: « todos somos dioses que hemos comido muy bien. »

La religiosidad de Leibnitz era por cierto mas sólida y profunda. Véase cómo desenvuelve sus ideas, en el lugar arriba citado. « El olvidar en esta vida el cuidado de la venidera, que está inseparablemente unida con la divina Providencia, y el contentarse con cierto inferior grado de derecho natural que tambien pueda tenerlo un ateo, es *mutilar la ciencia en sus mas bellas partes*, y destruir muchas buenas acciones. ¿Quién correrá el peligro de su fortuna, dignidad y vida, por sus amigos, por su patria, por la república, ni por la justicia y la virtud, si arruinados los demás, él puede continuar viviendo entre los honores y la opulencia? Porque el posponer los bienes verdaderos y positivos á la inmortalidad del nombre, á la fama póstuma, es decir á un rumor del cual nada nos llegaria, ¿no fuera una virtud de un *brillo bien falso*? »

No me propongo examinar todas las opiniones de los filósofos alemanes, ni deslindar hasta qué punto sean admisibles; solo me limitaré á hacer resaltar algunos de sus errores principales, citando al autor que las haya inventado ó prohijado, y sin pretender que caiga la responsabilidad sobre los pensadores de dicha nacion que no sigan la misma senda.

Kant no llevó tan adelante sus errores con respecto á Dios, al hombre y al universo, como lo han hecho algunos de sus sucesores; pero menester es confesar, que intentando promover una especie de reaccion contra la filosofía sensualista, dejó tan en descubierto las principales verdades, que nada le tiene que agradecer la filosofía verdadera con respecto á la conservacion de ellas. En efecto: quien afirma que las pruebas metafísicas en defensa de la inmortalidad del alma, de la libertad del hombre y de la duracion del mundo le parecen de igual peso que las que militan en contra, no es muy á propósito para dejar bien establecidas esas verdades sin las que serán un nombre vano todas las religiones. Enhorabuena que demos mucha importancia al sentimiento y á las inspiraciones de la conciencia, que conozcamos la debilidad de nuestro raciocinio, y no exageremos sus alcances; pero conviene tambien guardarnos de destruirle, de no matar la razon á fuerza de desconfiar de ella, extinguendo así esa antorcha que nos ha dado el Criador, y que es un hermoso destello de la Divinidad.

Sucede á veces, mi apreciado amigo, que la abnegacion de la razon no proviene de humildad, sino de un excesivo orgullo, de un exagerado sentimiento de superioridad que se desdenea de examinar, y que cree suficiente mirar para ver, sin necesidad de discurrir. No me encontrará V. en el número de aquellos que en todo apelan al raciocinio, y que nada conceden al sentimiento, nada á aquellas súbitas inspiraciones que nacen en el fondo de nuestra alma sin que nosotros mismos sepamos de dónde nos han venido; conozco, y se lo he dicho á V. mil veces, que nuestra ra-

zon es débil en extremo, que es excesivamente cavilosa, que todo lo prueba, que todo lo combate; pero de aquí á negarle su voto en las altas cuestiones de metafísica, y desecharla como incompetente para discernir en ellas entre la verdad y el error, hay una distancia inmensa. *Est modus in rebus.*

Si Kant llevó la sobriedad de la razon hasta un extremo reprehensible señalándole límites estrechos en demasía, no faltaron otros que exageraron las fuerzas de la misma pretendiendo explicar con su sola ayuda el universo entero. Sabido es que Fichte se entregó á un idealismo tan extravagante que dándolo todo al alma, llega por decirlo así al anonadamiento de todos los objetos exteriores; su sistema conduce á la negacion de la existencia de todo cuanto no sea el *yo* que piensa. A pesar de las dañosas consecuencias á que puede conducir semejante doctrina, no son estas mas peligrosas é inmediatamente destructoras de toda religion y moral que las de Schelling, quien no obstante todos los velos con que encubre su sistema, al fin viene á parar al panteísmo de Spinoza. Poco me importa que en la escuela de Schelling se me hable de cualidades íntimas que no perecerán cuando yo muera, sino que volverán á entrar en el vasto seno de la naturaleza; cuando al propio tiempo se me añade que el individuo, es decir, el ser particular, el alma, se anonada. Poco me importa que se me hable de espiritualismo y que se condene el materialismo, si al fin no se me consuela con el pensamiento de la inmortalidad, si en último resultado se me dice que esta inmortalidad es una quimera, y que si algo queda de mí despues de la dissolution del cuerpo, no será yo mismo que pienso y quiero, sino ciertas calidades que no sé lo que son, y que poco me han de importar cuando yo no exista.

No falta quien ha dicho que Aristóteles habia dejado algo oscuros ciertos pasajes de sus obras, con la mira de que ofreciendo lugar á interpretaciones diversas, diesen pié á sus discípulos para defenderle contra sus adversarios. Sea lo que fuere de semejante conjetura, es preciso convenir

en que los filósofos alemanes han dejado muy atrás en esta parte al filósofo de Estagira; pues han sabido envolver en tan espesa nube sus ideas, que ni aun los iniciados en el secreto han podido lisonjearse de penetrar sus profundidades. « En sus tratados de metafísica, dice madama Stael hablando de Kant, toma las palabras como cifras y les da el valor que le acomoda, sin pararse en el que tienen por el uso. » Lo mismo puede afirmarse de los mas famosos filósofos de la misma nacion; nadie ignora el misterioso lenguaje de Fichte y de Schelling, y por lo tocante á Hegel, él mismo ha dicho: « no hay mas que un hombre que me haya comprendido, » y temiendo sin duda que esto era ya demasiado, añadió, « y ni aun este me ha comprendido. »

Bien podrá suceder que V. se fatigue, si le presento algunas muestras de esta filosofía tan ponderada; pero creo muy del caso arrostrar el ligero inconveniente, pues de esta manera lograré que V. no se deje engañar fácilmente por encomiadores que ensalzan lo que no comprenden. No dudo que V. está ya en la conviccion de que los filósofos alemanes se pasean por un mundo imaginario, y que quien forme empeño de seguirlos es menester que se despoje de todo lo que se parece á los pensamientos comunes; pero yo creo poderle demostrar algo mas; yo creo poderle demostrar que no basta el desentenderse de los pensamientos comunes, sino el olvidarse hasta del sentido comun. Si encuentra V. la palabra demasiado dura, no me culpe de temerario hasta haberme oido; entre tanto, no olvide V. que tratamos de hombres que han manifestado un soberano desprecio de todo lo que no era ellos, que han pretendido enseñar á la humanidad á manera de infalibles oráculos, y que bajo apariencias misteriosas y enfáticas han llevado su orgullo mucho mas allá que todos los filósofos antiguos y modernos.

Hegel, este hombre, á quien, segun afirma él mismo, nadie comprendió, nos asegura que ha fijado los principios, arreglado el sistema, y determinado el límite de toda filosofía. El lo ha descubierto todo: despues de él nada

queda por descubrir; la humanidad no debe hacer mas que desarrollar las teorías del sublime filósofo, y aplicarlas á todos los ramos de los conocimientos. Esto no fuera tan intolerable, si se tratase de objetos de escasa importancia, si Hegel no llamara á su tribunal al hombre, á la humanidad, á todas las religiones, á Dios mismo, y no fallase sobre todo con indecible orgullo. «Hegel, ha dicho Lermnier, se glorifica en sí mismo; se sienta como árbitro supremo entre Sócrates y Jesucristo; toma al cristianismo bajo su proteccion, y parece que piensa que si Dios ha criado el mundo, Hegel lo ha comprendido (1).»

Estas soberbias pretensiones las encontrará V. en otros filósofos, y no escasean de ellas los franceses que han bebido en las mismas fuentes y cuyos nombres se nos citan á veces con misterioso énfasis. Así creo que no será perdido el tiempo que se emplee en dar una idea de esos delirios, que tal nombre merecen, por más que se envanezcan con las ínfulas de la ciencia. Como esta carta va tomando demasiada extension, no me es posible presentarle á V. los comprobantes de las aserciones emitidas: pero lo haré sin falta en las inmediatas. No dudo que V. se quedará profundamente convencido de que esa nueva filosofía que tanto se nos pondera, no es mas que la repeticion de los sueños en que se ha mecido en todos tiempos el espíritu humano, siempre que en la embriaguez de su orgullo se ha desviado de los principios de eterna verdad.

Afortunadamente, hay en España un fondo de buen sentido que no permite la introduccion y mucho menos el arraigo de esas monstruosas opiniones, que tan fácil y benévola acogida encuentran en otros países; y por este motivo no es tan temible que los errores de que estoy hablando causen entre nosotros los males que en otras partes han producido. Pero en cambio tenemos, que habiéndose descuidado mucho en España los estudios filosóficos, y siendo muy pocos los que se hallan al nivel del estado

(1) *Au delà du Rhin*, t. 2.

actual de la ciencia, sería fácil que sin advertirlo los hombres de sana doctrina y recta intencion, se apoderasen de la enseñanza innovadores alucinados, que extraviasen á la incauta juventud. Digo esto, porque me temo que á otros suceda lo que segun veo le estaba sucediendo á V., de creer que las modernas escuelas alemanas y francesas, caminaban nada menos que á la restauracion de un espiritualismo puro, cual lo tenian nuestros mayores, y cual lo profesan todavía los verdaderos cristianos y los filósofos juiciosos.

De las demás cartas que pienso escribirle á V. sobre este objeto, sacaré V. otro provecho, cual es, el formarse ideas algo mas claras de las que debe de tener ahora, sobre una cuestion importantísima que agita en la actualidad á la Francia y llama la atencion de Europa; hablo de las desavenencias suscitadas entre el clero francés y la Universidad. Sea cual fuere el juicio que V. forme sobre la mayor ó menor templanza con que haya ventilado la cuestion este ó aquel periódico, y sobre las medidas que hayan creido conveniente adoptar algunos obispos, al menos se quedará V. convencido de que los católicos del vecino reino no se alarman sin razon, que hay aquí algo mas de lo que nos quieren dar á entender algunos; que lo que en el fondo se agita es algo mas que la ambicion del clero, pues están envueltas en el negocio gravísimas cuestiones de doctrina. Con esto se me ofrecerá excelente oportunidad de manifestarle á V. cuán poco caso debe hacerse de esos fallos magistrales que se leen á cada paso sobre los asuntos de mas importancia, y con cuánta injusticia acusan algunos la intolerancia del clero, cuando son ellos los verdaderos intolerantes. Hombres hay que en tratándose de negocios de religion, ó no beben sino en determinadas fuentes, ó no consultan mas que sus arraigadas preocupaciones. Ya que no puedo esperar de V. mucho celo religioso, á lo menos me prometo la imparcialidad. Entretanto viva V. seguro del afecto de este S. S.,—J. B.